

EPÍLOGO

Somos, en un porcentaje muy elevado, agua. Cuando un amigo al que hacía tiempo que no veía me dice: “Apenas has cambiado” ignora que casi la totalidad de mis átomos han sido sustituidos por otros nuevos desde nuestro último encuentro.

Y es que la materia que somos no deja de fluir. Todo en la naturaleza está sujeto a un movimiento y cambio incesantes, a un flujo perpetuo. El estudio de este fluir hizo necesario crear una nueva herramienta, el análisis matemático, que proporcionó los métodos para investigar cuantitativamente esos procesos de cambio y movimiento.

La fuerza actúa para modificar el estado de movimiento, un movimiento que puede cambiar la forma. Newton no buscó la causa de la caída de la manzana sino que mostró su semejanza con las estrellas. Búsqueda de principios comunes y de semejanzas esenciales.

El enigma de la forma se nos muestra por doquier: las olas del mar, las ondulaciones sobre la playa, la majestuosa curva de la bahía arenosa; ante semejante misterio las matemáticas hacen lo que pueden. Contemplamos su armonía y perfección, que también están presentes en el sonido de un instrumento afinado, y en todo aquello que el arte y la naturaleza unen.

Las abejas optimizan el espacio. Nosotros deberíamos hacer lo propio con los recursos buscando un equilibrio con el medio. En lugar de ello provocamos cambios quizá irreversibles. ¿Serán las abejas las primeras víctimas del cambio climático?

Para Kant, el criterio para reconocer una verdadera ciencia radica en el grado de matematización alcanzado. Nada nuevo. Leonardo ya dijo algo parecido y en la época que nos ocupa, Roger Bacon llamó a las matemáticas *porta et clavis scientiarum*.

El objetivo de los *Principia* era aplicar las matemáticas a la filosofía natural –lo que ya habían hecho Galileo, Kepler y Huygens, entre otros–. Pero, ¿es el científico el que introduce las matemáticas en la filosofía natural, o es la Naturaleza misma la que lo hace?

“Era absolutamente clásico, redondo, armonioso y, pese a ello, de una novedad fascinante”

Esta frase extraída de “El perfume” de Patrick Süskind, bien puede aplicarse a este cálculo sutil, plagado de poderosas insinuaciones de una belleza al borde de lo inasible.

¿Adónde habríamos ido a parar –se pregunta Agustí Francelli– sin la revolución de la ópera de Gluck en el siglo XVII? Cabe también preguntarse: ¿cómo sería nuestra vida sin la revolución científica de ese mismo siglo?